

Durante la pandemia del Covid-19, nos mantenemos informadas del desarrollo de la situación global y siguiendo las pautas de nuestro Obispo local para prevenir la propagación del Covid-19, de acuerdo con las emitidas por nuestro Gobierno. Estamos muy agradecidas por el permiso de nuestro Obispo para celebrar la Eucaristía en la comunidad y la disposición de los sacerdotes que viven a nuestro alrededor para celebrarla a diario. Sin embargo, sentimos profundamente la ausencia de nuestros huéspedes. ¡Normalmente había tantos invitados en la misa dominical! Por eso, en la Liturgia y Eucaristía, ofrecemos los deseos, sufrimientos, esperanzas y luchas de quienes experimentan los impactos de la pandemia y de quienes están en la primera línea frente a esta pandemia directamente, y los unimos a la ofrenda de Cristo.

Nuestro ritmo de vida, a partir de la liturgia, especialmente la Eucaristía, ha cambiado nuestro trabajo y también las relaciones con la Iglesia local y nuestros vecinos. Experimentamos un confinamiento estricto: no hay invitados, la tienda está cerrada y hay una gran reducción en nuestra producción. Nuestro horario de trabajo sigue cambiando para adaptarnos a las necesidades de la comunidad. La comunidad acepta los cambios de trabajo con franqueza y fe, como muestra de nuestra solidaridad con los que pierden el trabajo y los que luchan por ganar dinero para sus vidas. Esto nos ha hecho crecer en el espíritu de obediencia a la fe, en el sentido de pertenencia y en nuestra flexibilidad y disponibilidad. Aprendemos a salir de nosotras mismas estando abiertas al servicio que se nos pide día a día, apoyándonos unas a otras en el espíritu de entrega que construye la comunión fraterna.

También ayudamos a nuestros vecinos de los alrededores y a quienes lo necesiten aportando todo lo que podamos compartir, como verduras de nuestro huerto y un paquete de azúcar, aceite, arroz, etc. a 400 familias musulmanas que viven cerca del monasterio en la época de su fiesta Idul Fitri. Existe una buena cooperación entre las hermanas, nuestras trabajadoras y los vecinos circundantes de muchas maneras, especialmente en esta época de pandemia.

El hecho de que nuestro trabajo no haya vuelto a la normalidad nos permite dar más tiempo para profundizar intensamente en nuestra vida monástica. Hubo un curso sobre la enseñanza de la teología mística de San Bernardo. Una vez terminado el curso, lo discutimos juntas en los diálogos, tanto en grupos generacionales como con toda la comunidad. Intentamos conectarlo con nuestra experiencia de esta pandemia y nuestra vida diaria. Esto nos ha llevado a reconocer profundamente nuestra identidad y misión, a estar agradecidas por el don de la vida y el carisma cisterciense, a amar más nuestro lugar y comunidad y a experimentar que Dios sigue trabajando en todas las cosas.

El tiempo de esta pandemia, que está provocando sufrimiento global, nos invita a entrar en las raíces de nuestra fe, la historia de la salvación y el carisma cisterciense y a afianzar los pilares de nuestra vida monástica: oración, lectio, trabajo, ascesis, soledad, obediencia y servicio generoso con espíritu de filiación y vida cenobítica. Este es el momento en que Dios nos pide que "paremos", que nos quedemos quietas y de pie en Su presencia, confiando en Su misericordia. Estamos llamadas a confiar en que Él está siempre presente acompañando el camino y la lucha de Su pueblo que sufre. Nos damos cuenta de que en este momento estamos llamadas especialmente a ser la voz de la humanidad pidiendo su misericordia. La vida de oración se convierte en nuestra principal tarea que debe vivirse de manera más consciente en nuestra oración litúrgica, la oración que nos confía la Iglesia. Estamos llamadas a orar continuamente para rogar por la salvación de toda la humanidad que experimenta crisis en muchos aspectos de la vida en estos momentos de pandemia.